

## ORIGEN LITERARIO Y DESARROLLO DE LAS *VIDAS DE JESUCRISTO*\*

La redacción copiosa de *Vidas de Jesús* es un fenómeno literario propio de los siglos XIX y XX. Se manifiesta inicialmente en la aparición de un conjunto de biografías caracterizadas por una tendencia racionalista, crítica, y abiertamente «desmitificadora». A estas obras siguen como reacción relatos apologeticos y exposiciones históricas sobre la vida y la doctrina de Jesús, que derivan sobre todo de plumas católicas. Este proceso de composición se prolonga a lo largo del siglo XX y pervive en nuestros días. Continuará siempre en el futuro, porque la figura de Jesús de Nazaret es inagotable, y cada época ha encontrado y encontrará su modo de referirse a Él.

Aunque el género literario *Vidas de Jesús* responde a presupuestos culturales y religiosos de la época contemporánea, encuentra precedentes, como era de esperar, en numerosos autores de siglos pasados, que han considerado fragmentaria o globalmente la vida y la obra de Jesús como objeto primordial de contemplación y de estímulo espiritual.

Llama la atención, sin embargo, que el primer libro titulado *Vida de Cristo* se deba a la pluma de un autor del siglo XIV, Ludolfo de Sajonia el Cartujano (†1378), si bien no fue publicado hasta el año 1474 en Estrasburgo.

Al historiador del Cristianismo y al teólogo les pueden surgir fácilmente preguntas sobre la explicación de este hecho. Propósito de este estudio es avanzar algunas respuestas, dentro de un análisis de circunstancias y desarrollos que ayuden a entenderlas. La investigación establecerá también que el largo período que precede a la composición de la primera vida de Jesucristo no es, como era de esperar, un tiempo en el

\* Publicado en J.R. Villar (ed.), *Communio et Sacramentum*, Pamplona 2003, 163-178.

que los autores cristianos no hayan tratado de acercarse narrativamente—además de modo contemplativo— a la persona y a la obra de Jesús. *La Vida de Jesucristo* de Ludolfo de Sajonia es el coronamiento de un proceso en el que se entrecruzan elementos dogmáticos, necesidades espirituales de los cristianos, y evolución de los géneros literarios que tienen que ver con temas religiosos.

Los cristianos de los primeros siglos no se sentían inclinados a componer *Vidas* de Jesucristo de modo análogo a como Diógenes Laercio (s. III d.c.) escribió breves biografías de filósofos antiguos, o Filostrato (170-249) redactó una vida, más bien cercana a la leyenda, de Apolonio de Tiana (nacido en los primeros años de la era cristiana), o Porfirio (232-305) escribió la biografía de su maestro Plotino (†270), cuyo texto encabeza las *Eneadas*. Los cristianos nunca se plantearon acometer respecto a Jesús una iniciativa semejante.

Algunos han descrito el *Diatessaron* de Taciano (s. II) como la más temprana vida de Jesús<sup>1</sup>. La célebre obra de Taciano no es una vida de Jesús, ni Taciano pretendió que lo fuera. No entraba en su horizonte mental ni religioso. Se limitó a la tarea benemérita de editar una compilación ordenada de textos a partir de los cuatro Evangelios, lo cual indica la autoridad alcanzada por éstos en muy poco tiempo. De hecho el *Diatessaron* circuló ampliamente en las iglesias de lengua siríaca, en las que fue el texto usual de los Evangelios hasta el siglo V. *Diatessaron* significa literalmente concordancia de cuatro o a través de cuatro.

Durante los primeros siglos cristianos no se redactaron *Vidas* de Jesús, y ni siquiera *Vidas* de Cristo o de Jesucristo. La diferencia de terminología tendrá su importancia. *Vida de Jesús* es terminología propia del siglo XIX en adelante. La primera *Vida* de Jesús de Nazaret—de Ludolfo de Sajonia— se llama *Vida de Cristo*, lo cual implica personalmente al autor, que hace en el título una confesión de fe, y viene a decir con ese modo de titular que no alberga deseo alguno de objetivar la vida de Jesús. El autor medieval no considera, aunque no lo diga explícitamente, que esta *Vida* singular sea susceptible de consideración en sí misma, o que pueda ser objeto de descripción o narración desde fuera por una mirada diferente. La *Vida de Cristo* sólo puede ser escrita por un creyente.

No ocurrirá lo mismo con las *Vidas de Jesús* aparecidas en el clima intelectual e históricamente crítico del siglo XIX. Titular un libro *Vida*

1. J.H. HILL, *The Earliest Life of Christ Ever Compiled from the Four Gospels*, London 1894; J. ÁLVAREZ, *Taciano. La más antigua Vida de Jesús: Diatessaron*, Madrid 2002.

*de Jesús* indica distanciamiento objetivizante. Estas Vidas proceden todas ellas de incrédulos, a excepción de las escritas como réplica creyente con el mismo título, con el fin de refutar los planteamientos racionalistas de las primeras.

Pero decimos que en los tiempos cristianos iniciales, y por bastantes siglos todavía, no se escriben Vidas de Jesucristo, y mucho menos podían haberse escrito, por imposibilidad cultural y religiosa, Vidas de Jesús. Cuando se escriban las primeras, usarán casi exclusivamente elementos evangélicos, mientras que las Vidas de Jesús acudirán también a datos de carácter histórico, arqueológico, geográfico, psicológico, etc.

La inexistencia de *Vidas de Cristo* durante trece siglos indica sin duda que los cristianos pensaban que los Evangelios constituían el acceso literario, suficiente e inigualable, a la persona y obra de Jesús Salvador. Pero los Evangelios no son biografías del Señor, sino mensaje sagrado. «No son representaciones históricas en nuestro sentido... Sin esforzarse por la ilación y la integridad; sin especiales puntos de vista que sean decisivos para predicar el mensaje de salvación, los Evangelios reúnen acontecimientos, palabras y hechos de la vida del Señor. Lo que sabemos por ellos sobre las realidades de la Vida de Jesús, vista desde la perspectiva histórico-biográfica, es tan casual como preciso»<sup>2</sup>.

Nuestros Evangelios son ciertamente la fuente principal de que disponemos para acceder a la vida y ministerio de Jesús, pero resultará equívoco considerarlos o llamarlos *Vidas*. La forma literaria más próxima a los Evangelios es desde luego la biografía, y por eso existe una tendencia natural a buscar en ellos detalles biográficos, que faltan en gran medida. Los cuatro relatos evangélicos apenas se interesan por los aspectos humanos del hombre Jesús. Nada sabemos de su apariencia externa o de sus hábitos, excepto por conjeturas o inferencias razonables. Tampoco hacen los Evangelios llamamiento alguno a los lectores para que admiren a Jesús como alguien que ha modificado dramáticamente el período en que vivió y el sentido de los siglos futuros. Los Evangelios llaman a seguir a Jesús, pero sin olvidar el tiempo de los hombres se sitúan muy por encima de las circunstancias contingentes.

Los autores cristianos antiguos nunca pensaron en escribir una biografía de Jesús. Pero si se lo hubieran planteado en su mente, no habrían querido encomendar a la biografía, como género literario, una tarea que no podía realizar respecto a Jesucristo. La vida del personaje ilustre

2. R. GUARDINI, *La Realidad humana del Señor*. Madrid 1960, 37.

que agota toda su existencia en la tierra sugiere una pauta de absoluta continuidad en el tiempo y un despliegue que comienza y termina dentro de un tramo temporal terreno.

La Vida de Jesús no debía ajustarse, por lo tanto, a los cánones conocidos de la biografía antigua, únicos modelos narrativos en los que podían apoyarse los cristianos de los primeros siglos. Jesús era el Salvador del mundo, el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, con dos existencias: una eterna y una temporal. «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley» (Gal 4,4). La unidad de la existencia de Jesucristo, realizada a dos niveles inseparables, no admitía una biografía. Sólo podía reflejarse y ser contada en un Evangelio, donde la buena noticia, la proclamación y la enseñanza se fundían. La incertidumbre en torno a los datos cronológicos de la vida de Jesús era mucho más que una simple laguna, y no obedecía a la pérdida de fuentes o a imprecisión documental. Indicaba más bien el contacto y la presencia de lo eterno en su vida terrena.

La ausencia de *Vidas de Jesús* contrasta llamativamente con la abundancia de *Vidas de santos*, que comienzan a redactarse a finales del siglo 3º y comienzos del 4º. La primera biografía cristiana conocida es en Occidente la *Vita et passio Cypriani*, escrita por un diácono de Cartago llamado Poncio. Se trataba más bien de un panegírico edificante de discutido valor histórico. Pero supone en cualquier caso el comienzo de un género literario cristiano en el que los autores irán depurando la metodología y el tratamiento de las fuentes. Este género literario no se puede reconducir a uno o más géneros literarios preexistentes, por el mismo motivo que la figura del mártir no es la continuación de la del sabio o la del héroe antiguo.

Sorprende, sin embargo, en la *Vita et passio Cypriani* la ausencia de detalles precisos, y el hecho de que su autor, que ha sido testigo de los hechos, tenga tan poco que decir sobre un hombre de quien ha sido contemporáneo cercano.

Las primeras narraciones cristianas de carácter biográfico se concentran en mártires, pero los autores no se preocupan de trazar la vida entera de sus personajes. Lo consideran innecesario. Piensan tal vez que la pasión y muerte de Cristo se bastan por sí solas como supremo testimonio de los más nobles esfuerzos, virtudes y acciones.

Entre las *Vidas de santos* compuestas más adelante por autores cristianos ilustres sobresalen la de San Antonio de Egipto (251-356), escrita por S. Atanasio de Alejandría (296-373) hacia el año 357; la

vida de Santa Macrina (328-379), compuesta por S. Gregorio de Nisa (330-395) inmediatamente después del 381; la vida de San Martín de Tours (335-400), escrita por Sulpicio Severo hacia el año 397.

Esta última biografía ha sido uno de los textos hagiográficos más difundidos y leídos en Occidente. Aunque la obra iba destinada a la instrucción espiritual de los lectores –como la inmensa mayoría de los relatos hagiográficos cristianos– no ha de despreciarse su valor histórico. Sulpicio Severo (362-410) ha escrito un libro con el fin de inmortalizar a quien considera un individuo excepcional. Inspirado artística y literariamente en Cicerón y Salustio, diseña un personaje cuya idealización se acerca demasiado al hieratismo. Este hecho provoca una concepción más bien estática de Martín, a quien parece negada una evolución o desarrollo psicológicos en el camino de la santidad.

Sulpicio esconde un tanto estos defectos acudiendo ingeniosamente a la constancia, virtud monástica por excelencia, de su biografiado: *idem enim constantissime perseverabit qui prius fuerat* (10,1). La *Vita Martini* destaca a la vez por la gran sobriedad en el trato de lo extraordinario y lo sobrenatural, a diferencia, por ejemplo, de la *Vida de Antonio*, de S. Atanasio. A pesar de su tono culto e intención teológica, el texto de Atanasio pinta con fuerte colorido y gran imaginación la pelea de Antonio con sus demonios tentadores.

La intensa producción de vidas de santos continúa ininterrumpida durante los siglos siguientes, y sólo comienza a experimentar una disminución hacia el siglo XV.

A lo largo de los siglos medievales, la piedad popular cristiana gravita mucho más en torno a los santos y sus reliquias que en torno a la figura del Salvador y a los misterios de su vida.

Jesucristo ocupa desde luego el centro de la Liturgia y de la vida cristiana, pero lo hace frecuentemente a un nivel que es más estructural y formal que práctico y cotidiano. Los mártires y santos parecen ocupar ordinariamente los espacios de las devociones cristianas mucho más que la figura del Salvador. Durante los primeros siglos –que es tiempo de fijación de los dogmas trinitario y cristológico– predomina en efecto el tratamiento dogmático y polémico respecto a herejes, paganos y judíos de la persona de Jesús. El acceso doctrinal a Cristo prevalece ampliamente sobre el piadoso y afectivo. Un ejemplo elocuente lo constituye la monografía *De Caro Christi* de Tertuliano (170-220). Orígenes (185-254) supone una cierta excepción al desarrollar un tratamiento del misterio de Jesucristo que es más bien místico y alegórico. En el tra-

tado *Sobre los Primeros Principios*, el gran teólogo alejandrino presenta a Jesús como modelo ascético (4,4,4), y habla de la fe en Él como de una circuncisión espiritual del corazón y del cuerpo. Se refiere también a la unión mística personal con «mi Señor Jesucristo» (*Homilias sobre el Génesis* 3,6-7). Orígenes es el primero en introducir y desarrollar los temas del desposorio espiritual entre el alma cristiana y Jesús, y la herida de amor ocasionada en el alma por la contemplación de este misterio<sup>3</sup>.

Pero la literatura cristiana de los primeros siglos, considerada globalmente, no destaca los aspectos de la figura evangélica de Jesús que más adelante se harán prominentes en la homilética. El acento se coloca al principio en las cualidades sobrehumanas de Jesús, tal como son anunciadas por las profecías y realizadas en los milagros, las enseñanzas, y la Resurrección. Jesucristo es el Salvador, más que un modelo a imitar<sup>4</sup>. Es *Deus de Deo* más bien que *Ecce Homo*. El atractivo personal del Maestro de Nazaret había resultado decisivo para reunir a los primeros discípulos, si bien entonces la impresión de poder había sido probablemente más importante que la impresión del amor. De aquí que las únicas cualidades humanas evangélicas que resultaban realmente imitables por el pueblo cristiano eran las de los hombres y mujeres individuales, enaltecidos a los ojos de la comunidad por su santidad o su martirio.

Este hecho venía a sumarse a una circunstancia, cronológicamente algo anterior, que había situado a Jesucristo en un plano relativamente secundario respecto a la figura del Dios único, especialmente en los apologistas del siglo II. Estos autores (Arístides, Atenágoras, Teófilo, Taciano, Mínucio Félix...) tienden a presentar preferentemente el Cristianismo como fe monoteísta. Consideran que el asunto religioso más crucial es una opción entre Dios o los dioses, y que la vida cristiana, en su concepción básica y en sus consecuencias espirituales, se manifiesta como el fruto de un modo correcto de conocer y dar culto a Dios<sup>5</sup>.

El motivo cristológico más antiguo del arte cristiano es probablemente la representación del Buen Pastor, que aparece en las catacumbas de Domitila a finales del siglo I, y es durante tres o cuatro siglos la figura de Cristo más habitual en los lugares cristianos. El Apocalipsis anó-

3. Cfr. H. CROUZEL, *Origines patristiques d'un thème mystique: le trait et la blessure d'amour chez Origène*, en «Kyriakon» I (1970) 309-319; P. COX, *Biography in Late Antiquity*, Berkeley 1983, 83-87.

4. Cfr. A.D. NOCK, *Conversion*, Oxford 1933, 210.

5. J. LORTZ, *Das Christentum als Monotheismus in den Apologien des zweiten Jahrhunderts*, en *Festgabe A. Ehrhard*, Bonn-Leipzig 1922, 301-327.

nimo del siglo II titulado *Pastor de Hermas* no se refiere a Jesucristo ni es un eco del motivo del Buen Pastor. El *Pastor de Hermas* alude a un Ángel de la penitencia (Revelación 5ª), y es una obra de carácter moral que desea por encima de todo inculcar monoteísmo. Jesucristo nunca es mencionado por ese nombre. Se le llama Hijo de Dios a lo largo del libro.

El Buen Pastor es el título de Jesús basado en Juan 10,7-18, y en las parábolas de Luc 15,3-7 (cfr. Hebreos 13,20 y Pet 2,5; 5,4). Es representado siempre en las catacumbas con un cordero sobre los hombros. Este motivo cristológico desapareció del arte cristiano a comienzos del siglo V. No correspondía ya por este tiempo a la imagen mental y artística de Cristo que se había hecho prevalente en la Iglesia. Imaginar a Jesucristo vestido de una corta túnica sin mangas, ajustada a la cintura mediante un cordón, y llegando sólo hasta las rodillas (túnica exomis) no resultaba ya apropiado en un tiempo que se había acostumbrado gradualmente a pintar a Cristo en estilo y términos de realeza.

El Cristianismo ortodoxo respondía al Arrianismo destacando la majestad del Hijo de Dios, y lo hacía de modo especial en la liturgia. Presentar a Jesús en la humilde vestimenta de un pastor hubiera jugado a favor de adopcionistas y subordinacionistas. El Buen Pastor del mausoleo de Gala Placidia, construido en Ravenna (siglo V), es la última representación de este motivo cristológico, y ya se aprecia en la figura de Jesús –vestido con túnica de oro y un manto de púrpura– el tránsito hacia un personaje divino de tono imperial.

La desaparición artística del Buen Pastor en el siglo V no va, sin embargo, acompañada del olvido de ese motivo religioso por parte de los Padres de la Iglesia. Los Padres siguen comentando los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de Cristo Buen Pastor. Da la impresión de que esta imagen de Jesús en forma literaria es percibida de forma diferente que la misma imagen en escultura o fresco, y gracias a este hecho, el Buen Pastor ha retenido su cualidad religiosa perenne. Los comentaristas de la Sagrada Escritura y los predicadores han de tener en cuenta una vinculación al texto sagrado de la que los artistas pueden prescindir.

Pero en el arte cristiano y en el clima público de la era postconstantiniana, en el que la Iglesia y los cristianos no tienen ya necesidad de protegerse de poderes abiertamente hostiles y fuerzas persecutorias, el Buen Pastor es reemplazado por el Pantocrator. Esta figura de Jesucristo, que se inspira directamente en modelos del arte imperial bizantino, es la representación solemne y grandiosa del Señor que preside la asam-

blea litúrgica de la comunidad cristiana. La oración a Cristo estaba en uso dentro de la Iglesia desde los tiempos primeros, pero no había encontrado un lugar en el culto público de las comunidades. Se implanta, sin embargo, en ese culto con motivo principalmente del clima antirriano prevalente en los siglos IV y V<sup>6</sup>.

El Pantocrator expresa plásticamente la majestad divina de Jesús. El mismo tamaño y las proporciones aumentadas de su figura respecto a las demás que se representan en el mosaico, expresan también lejanía y una cierta inaccesibilidad. Este Cristo glorioso, rey del universo y vencedor de la muerte, inspira necesariamente reverencia y sobrecogimiento. No puede ser directamente un protector. Este oficio será realizado especialmente por la Virgen María y los santos.

El distinto comportamiento del apóstol Juan respecto a Jesús, tal como lo narra el cuarto Evangelio (13,25) y el Apocalipsis (1,17) resulta muy significativo como expresión de dos modos radicalmente diferentes de percibir la figura de Cristo y de tratar con Él. El discípulo amado que se recuesta durante la cena en el pecho de Jesús es la misma persona que escribe en la visión inicial del Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, Aquél que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso... Cuando le vi, caí a sus pies como muerto». Es la manera religiosa más propia de reaccionar ante la presencia de la majestad divina que se refleja también en el Pantocrator.

La concepción gloriosa y distante de un Cristo Señor majestuoso y hierático no puede agotar nunca en la percepción cristiana, popular y culta, la figura del Salvador, y no faltan impulsos y deseos de acceso a su realidad de hombre como nosotros, excepto en el pecado.

Se acentúa así gradualmente, por motivos doctrinales y de devoción, la tendencia a contemplar los rasgos humanos de Jesús. Dado que nadie piensa en escrutar el misterio insondable de su psicología y el curso de sus facultades espirituales, los esfuerzos piadosos se concentran en escribir o imaginar su retrato físico.

El Concilio III de Constantinopla (681), que define la existencia de dos voluntades en Cristo, destaca con acentos poderosos la humanidad del Verbo encarnado, y enseña que nuestra salvación ha sido querida y realizada por una persona divina a través de una voluntad y una libertad humanas. El Concilio menciona expresamente misterios centrales de la vida terrestre de Jesús. «Decimos que sus dos naturalezas resplan-

6. J. JUNGSMANN, *The Place of Christ in Liturgical Prayer*, London-Dublin, 1965, 213s.



decen en su única hipóstasis, en la que mostró tanto sus milagros como sus padecimientos, durante toda su vida redentora, no en apariencia, sino realmente» (DS 292). El *Ecce Homo* complementa en estas líneas al Pantocrator.

A un nivel no estrictamente doctrinal se manifiesta una sensibilidad convergente hacia la humanidad de Cristo en el documento denominado *Carta de Léntulo*. Este texto apócrifo, atribuido por su autor a la pluma de un presunto romano llamado Publio Léntulo, que habría gobernado Judea antes de Poncio Pilato, describe físicamente a Jesús del modo siguiente: «Ha aparecido en estos tiempos, y vive todavía, un hombre de poderosa personalidad, llamado Jesucristo. Las gentes le llaman profeta de la verdad, y sus discípulos, hijo de Dios. Resucita muertos y cura todas las enfermedades. Es un hombre de talla media... (*homo quidem statura procerus mediocris et spectabilis*). Posee una figura venerable que le atrae el amor y el temor de quienes le ven. Sus cabellos son del color de la avellana madura, lisos hasta las orejas, y a partir de éstas rizados, con reflejos azulados y brillantes, flotando detrás de la espalda. Se dividen en dos desde la parte superior de la cabeza, al modo de los nazarenos. Su frente es armónica y muy serena, con un semblante sin arrugas ni manchas, y el tinte de la piel sonrosado y bello. Su nariz y boca no tienen defecto, la barba es abundante y del mismo color que los cabellos, más bien larga y dividida en dos a la mitad del mentón. Su aire es sencillo y reposado, sus ojos son verde claro y luminosos. Es terrible en sus reprensiones, dulce y amable en sus advertencias, y de buen humor en su gravedad. Ha llorado algunas veces pero nunca ríe. Su talle es derecho, y sus manos y brazos son agradables de ver. Su conversación es seria, breve, y modesta. De modo que puede decirse en justicia, con el profeta, que es el más bello de los hijos de los hombres»<sup>7</sup>.

Esta descripción de marcado carácter hagiográfico se debe sin duda alguna a exigencias de la piedad popular. Parece haber sido redactada en griego hacia el siglo VI o VII, y traducida al latín en torno a los siglos XIII-XIV. La *Epístola de Léntulo* se hallaba manuscrita en numerosas bibliotecas, y fue impresa por primera vez en la *Vita Jesuchristi* de Ludolfo de Sajonia (1474) y en la Introducción a las obras de San Anselmo de Cantorbery, editadas en Nuremberg en el año 1491.

Dado que no existe ningún testimonio auténtico sobre la persona física de Jesús, la *Epístola* documenta al menos el deseo cristiano de poseer

7. *Lentulus*, en «Dictionnaire de la Bible», vol. IV, Paris 1908, 168-172.

alguno, que pueda servir para concentrar y promover la devoción sencilla a la persona del Salvador. Estamos en los inicios de un proceso, a la vez devoto y teológico, que conducirá algunos siglos más tarde a la primera Vida de Jesucristo.

Un factor de gran importancia histórica, dogmática y espiritual que fecunda la piedad cristológica a nivel culto y popular, y será uno de los hilos que conduzca a la redacción de Vidas de Jesucristo, es la Pasión y Muerte de Jesús. Se trata de un relato continuo que opera en los cuatro Evangelios una función estructurante. Momentos destacados de la actividad pública de Jesús de Nazaret, así como palabras suyas significativas, hacen referencia expresa a la pasión. El relato mismo de ésta constituye por sí solo una unidad literaria bien definida, que pudo existir antes que los Evangelios completos. La pasión y muerte eran el mejor y más expresivo resumen de la vida de Jesús.

Nada hay más llamativo en el Evangelio de Marcos que la extensión del relato de la pasión, que resulta desproporcionado respecto al resto del material recogido por el evangelista. Los Evangelios sinópticos presentan la vida de Jesucristo como un viaje a Jerusalén, en donde ha de tener lugar la crisis definitiva con sus adversarios y la muerte en la Cruz. A lo largo del camino ocurren las tres predicciones de la pasión (Mc 8,31; 9,30-32; 10,32.34, y lugares paralelos de Mt y Lc), que apuntan hacia el desenlace final.

La narrativa lucana de la Pasión se halla particular e inexorablemente vinculada a los capítulos anteriores del tercer Evangelio. La Pasión y muerte del Profeta de Galilea es en lo humano el capítulo conclusivo de un conflicto, primero latente y luego abierto, entre Jesús y sus enemigos. El conflicto es como el núcleo escondido que impulsa, literaria y realmente, la narración hacia delante.

«En la cruz —escribe Tomás de Aquino— encontramos el ejemplo de todas las virtudes»<sup>8</sup>. Esta idea es recogida por numerosos autores espirituales, como Luis de la Palma<sup>9</sup>, pero desborda las obras ascéticas y

8. Conferencia 6ª sobre el Credo.

9. LA PALMA escribe: «Así como la Pasión del Señor fue lo último de su vida, así también contiene lo último y más acabado de la perfección. Todos los ejemplos de las virtudes de Cristo nuestro Señor, que están repartidos por su vida, resplandecen más altamente en su Pasión; todos los documentos de sus sermones, toda su doctrina y excelentísimos consejos están predicados en su Pasión; todo el fondo de los trabajos que uno puede padecer, y el extremo de las miserias a que puede llegar por seguir la justicia, está en la Pasión; todo desengaño y conocimiento de la verdad se halla en la Pasión». *Historia de la Sagrada Pasión*, Prólogo 1.

llega hasta decretos conciliares como el de Trento sobre la Justificación, donde leemos que Jesucristo nos mereció ésta «por su Pasión santísima en el leño de la cruz» (DB 799).

La fe y la sensibilidad religiosa cristianas tenían que fijarse necesariamente desde el principio en los dolores de Cristo muerto en la cruz. Seguían la pauta de San Pablo, que no quería saber otra cosa sino a Jesucristo crucificado (1Cor 2,2). La primera composición extraevangélica sobre Jesús es precisamente el drama *Christus patiens*, de San Gregorio Nazianceno (330-389), que presenta poéticamente la muerte del Salvador como la tragedia cristiana por excelencia<sup>10</sup>.

S. Bernardo de Claraval (1090-1153) es el autor medieval que más se destaca por ampliar y profundizar el tratamiento de temas cristológicos. Lo hace con un tono hondamente perceptivo y devoto, y con verdadero alcance teológico. Bernardo se halla en los inicios de las corrientes espirituales de Occidente que van a situar a Jesucristo en el centro doctrinal y práctico de la vida cristiana, y a establecer las debidas proporciones, y en su caso también distancias, entre la devoción a Jesús y las devociones dirigidas a los santos.

Bernardo elabora una cristología que puede denominarse *mística*, siempre que este término no se entienda como contrario, y mucho menos opuesto, a teológico. El espíritu doctrinal y a la vez contemplativo que impregna la obra entera de Bernardo prolongan de algún modo el acercamiento dogmático-soteriológico, y también espiritual, que los Padres de los siglos IV y V habían usado respecto a la persona de Jesús, Dios y hombre verdadero. Una acusada sensibilidad piadosa, combinada con temas nuevos de la poesía caballerescas medieval, confiere a los escritos cristológicos de Bernardo un sello muy original. Jesucristo es el Mediador entre Dios y el hombre<sup>11</sup> y restaurador de la imagen divina en el hombre caído. No sólo restaurador sino meta de un proceso de unión espiritual. Jesucristo ha experimentado nuestra miseria<sup>12</sup> y es para nosotros modelo de compasión y fuente inagotable de esperanza y estímulo<sup>13</sup>. El cristiano necesita ejercitar la devoción a la humanidad del Salvador, y compadecerse de su Pasión. La voluntad debe apartarse de lo mundano y volverse hacia Cristo paciente, al que debe devolver amor por amor<sup>14</sup>.

10. *La Passion du Christ*, «Sources Chrétiennes» n.149, Paris 1969.

11. Cfr. E. GILSON, *La Théologie mystique de Saint Bernard*, Paris 1969, 223-224.

12. Id., 100.

13. Id., 102, 121.

14. Id., 106.

Los Sermones de tiempo de Bernardo, y los predicados sobre el Cantar de los Cantares, contienen una riqueza inagotable de motivos cristológicos, y forman uno de los ciclos más completos en torno a los misterios de la vida de Cristo. Bernardo significa por sí solo un momento de inflexión en el desarrollo de la piedad cristiana, que toma con él un rumbo netamente cristológico.

La intensificación de la presencia de Cristo doliente en la conciencia y en la percepción espiritual de los cristianos se debe en grado muy importante a Francisco de Asís (1182-1226). Francisco significó para su tiempo la representación viva más próxima a la figura dolorosa del Salvador. Distinguido por Dios con las señales corporales de la Pasión, el santo de Asís venía como a actualizar históricamente a los ojos de todos el misterio de amor y de dolor que es uno de los aspectos fundamentales de la Encarnación del Verbo. No es casualidad que Francisco sea el santo cristiano más representado en la iconografía de todos los tiempos, después de Jesucristo y de la Virgen María.

El franciscano Francisco de Meyronnes (†1328) pudo escribir: «El bienaventurado Francisco meditó y contempló tanto la pasión del Señor que mereció ser crucificado»<sup>15</sup>. La orden franciscana heredará de su fundador una tierna y honda devoción hacia los dolores de Cristo, y ayudará eficazmente a difundirla. En este clima de piedad se establecerá el ejercicio del *Via Crucis*, considerado la más bella de las devociones populares. Si bien existía desde tiempos antiguos un vivo sentido de veneración hacia los santos lugares —como atestiguan las peregrinaciones que comienzan ya en el siglo IV—, el *Via Crucis* procede de los siglos medievales.

La mística de la Pasión refuerza el culto a los instrumentos de la Pasión del Señor, tal como se describen en los Evangelios. Estas *arma Christi* son como los trofeos del Salvador crucificado. El tema se enriquece mediante el culto a las reliquias, las peregrinaciones a Tierra santa, y el ambiente espiritual que provocan las cruzadas y es a su vez originado por ellas.

Entre los instrumentos de la Pasión hay cuatro que han gozado de culto universal hasta nuestros días. Se trata de la cruz, la lanza que atravesara el costado de Jesús, la corona de espinas, y los clavos. Estos objetos sagrados inspiran en los cristianos una devoción que es independiente de la autenticidad de las correspondientes reliquias.

15. *Sermones de sanctis*, Venecia 1493, f. 167.

Muy próximo en todos los aspectos a Francisco de Asís, San Buenaventura (1221-1274) compuso la obra titulada *Lignum Vitae*, de fraseología lírica y fuerte afectividad. Este *Árbol de la Vida* del doctor Seráfico describe en tres partes el ciclo completo de todo el misterio de Jesucristo: misterio de origen, de la pasión, y de la glorificación. El lector es invitado a reconocer los misterios más salientes de la existencia del Salvador, desde que el Verbo eterno baja a las entrañas de María, hasta que, después de vivir en el mundo y padecer, vuelve al seno del Padre.

S. Buenaventura sorprende en este texto por el frescor y la lozanía con que logra fundir en bella síntesis los aspectos espirituales, doctrinales y literarios en torno a la persona y la obra de Jesús. Si tenemos en cuenta, junto a este texto, los escritos bonaventurianos acerca de las cinco festividades del Niño Jesús y de la S. Eucaristía, podemos afirmar que su autor es precedente muy directo de la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, y de hecho Ludolfo recogió textualmente diez párrafos de los 47 que contiene el *Lignum Vitae*.

La vinculación de San Buenaventura a los temas cristológicos y el admirable desarrollo que de ellos consigue, provoca que algunos textos anónimos sobre asuntos semejantes le sean fácilmente atribuidos. Ocurre así con las *Meditationes de Passione Christi*. Se trata de una compilación italiana de un franciscano desconocido que vivió antes del año 1330. Se sostiene por algunos, sin embargo, que una parte de esta compilación, titulada *Meditationes Vitae Christi*, tiene realmente por autor a San Buenaventura<sup>16</sup>. Este último texto supera en verdad con mucho a la *Vita Jesuchristi* de Ludolfo de Sajonia, en fuerza narrativa y estilo descriptivo, e inspiró en intensa medida la literatura y el arte del tardo medievo<sup>17</sup>.

Debe mencionarse finalmente la obra *De Gestis Domini Salvatoris*, escrito entre 1338 y 1347 por el agustino eremita Simón Fidati de Cascia (1290-1348). El texto se divide en quince libros, que se ocupan de las diversas fases de la vida de Jesús. Puede ser considerado, por lo tanto, como el único relativo precedente de la *Vita* escrita por Ludolfo.

Ludolfo de Sajonia entró en la cartuja de Mainz en el año 1340. Es muy posible que antes hubiera sido fraile mendicante. Murió en Es-

16. El texto está incluido en el volumen II de las *Obras* publicadas en la BAC, Madrid 1957, 739-821.

17. Cfr. E. MÅLE, *L'art religieux de la fin du moyen Âge en France*, Paris 1925.

trasburgo en 1377. La *Vita Jesuchristi* fue compuesta entre 1348 y 1368, e impresa en Colonia (1472) y Estrasburgo (1474) más de un siglo después. Gozó en seguida de enorme popularidad, hasta llegar a convertirse en uno de los libros más influyentes de la tarda Edad Media. Era fruto de una viva piedad cristológica, y contribuyó decisivamente a difundir y consolidar esa piedad en el pueblo cristiano.

No es, ni podía ser, una biografía, tal como la historiografía profana de ese tiempo entendía el término<sup>18</sup>. Es una extensa meditación sobre la vida del Señor, construida a partir de los Evangelios y de numerosos comentarios de escritores patrísticos y escolásticos. El texto se completa con reflexiones propias de Ludolfo, que suelen ser de carácter dogmático y moral. Cada capítulo finaliza y se resume en una oración, que proporciona en estilo orante lo más esencial del pensamiento del autor en torno a lo que ha relatado sobre Jesús. Esta oración conclusiva nos ayuda a entender el carácter contemplativo de la obra, así como su fin estrictamente práctico.

La *Vita Jesuchristi* es un libro meditativo que quiere proporcionar una lectura espiritual, realizada con pausa a lo largo de un amplio periodo de tiempo. Adopta la forma de narración histórica, como viene sugerido por los Evangelios, y depende cien por cien en sus contenidos de la tradición literaria cristiana en torno a Jesús. No es una obra original. Se asemeja a una *Summa Spiritualis*, centrada en Jesucristo.

Ludolfo tomó materiales de comentarios bíblicos, homilías, glosas y diccionarios, libros apócrifos, leyendas, y diversas revelaciones privadas. Es un autor honrado que previene al lector en el Prefacio acerca del valor dudoso de algunas afirmaciones: «*si id per Scripturam probari non possit, non aliter accipias quam devota meditatio exigit*». El propósito de esta *Vida* no es suministrar datos profanos e independientes sobre Jesús, su marco histórico y geográfico, psicología y tipo de relación que mantenía con quienes le rodeaban, sino ayudar a ser buen cristiano.

La *Vita Jesuchristi* representa el final de una evolución que en cierto modo corona; pero pertenece, como todas las obras anteriores de contenido semejante, al período precrítico de las Vidas de Cristo. La diferencia con libros precedentes sobre Jesús es de carácter más bien cuantitativo, dado que se trata de un relato organizado y completo. En un tiempo caracterizado por la ausencia de Biblias en lengua vernácula,

18. Cfr. W. BERSCHIN, *Biographie und Epochenstil im lateinischen Mittelalter*, 4 vols., Stuttgart 1986-2001.

y de intensificación de la piedad centrada en el misterio del Verbo de Dios hecho hombre, la obra de Ludolfo ponía al alcance del cristiano culto la *historia evangelica*, adornada pedagógica y homiléticamente con lo que habían escrito Padres de la Iglesia y autores cristianos sobre sus puntos más salientes.

La metodología básica y los fines devotos de Ludolfo inspiran las Vidas de Cristo que se van componiendo por católicos en los tiempos siguientes, hasta el siglo XIX. Por esta razón, aunque la *Vita* corone de alguna manera un período, no puede decirse que signifique el comienzo de otro nuevo. Entre el libro redactado por Ludolfo de Sajonia y las Vidas de Cristo redactadas durante los siglos XVI y XVII hay absoluta continuidad de planteamientos. La ausencia de estudios de crítica bíblica, que vendrán mas adelante, así como la falta de un horizonte propiamente histórico, unido todo ello a la actitud religiosa imperante, no hacían posible acometer una *Vida de Jesús*.

Cuando nazcan en el siglo XVIII, este tipo de obras procederá de la pluma incrédula y desmitificadora de escritores racionalistas, y habrá que esperar a la reacción católica, que tiene lugar inicialmente en tierra alemana, para ver surgir *Vidas de Jesús* redactadas por creyentes. Estos autores escriben con intención apologética, pero comienzan a incorporar en sus obras elementos externos al Nuevo Testamento, que sirven para contextualizarlo y hacerlo más accesible a la mente moderna a través de coordenadas históricas, geográficas, sociológicas, etc. Pero este desarrollo pertenece a otro estudio que ya no cabe en estas páginas.